

DON RAFAEL, RAFAEL, RAFAELITO

(Una historia andaluza en cuatro capítulos con aspiración de ser representada, algún día, en los teatros de los pueblos de España...y del extranjero)

Carlos M. Roldán González

INTRODUCCIÓN

Aunque es aceptado que el término *realismo mágico* fue acuñado por Carpentier y popularizado por García Márquez, permítanme decirles que algo muy parecido podemos encontrar en los relatos populares y en la tradición oral de muchos pueblos de la Baja Andalucía.

Las desigualdades sociales, una geografía diversa y exuberante, una vida de necesidades insatisfechas, un clima con fuertes episodios de calores y vientos, y por qué no decirlo, de una ignorancia que ha durado siglos, fueron los mejores ingredientes para que la imaginación popular alimentara unas historias que se apartan de lo común y de la racionalidad y entran a formar parte de lo mágico en el mejor de los casos. En un ranking imaginario de regiones mágicas, sólo Galicia podría ser un digno competidor de Andalucía en estos asuntos.

Quizás esto del *realismo mágico andaluz* pueda explicar la gran densidad en nuestra región de vírgenes y santos milagrosos, de ermitas abarrotadas de exvotos por curaciones inexplicables, de historias de bandoleros, de mujeres bravías, de donjuanes arrepentidos, de extrañas apariciones, de la heroicidad de la muerte ante un animal y de la tentación por echarse al monte como refugio para una vida distinta.

Y si bien es verdad que lo que llamamos progreso tiene la condición de igualar las distintas idiosincrasias regionales, no es menos verdad que para ese cambio los años pasan muy lentos en ese Sur que tanto ha marcado mi vida y que tanto atrae a personas de geografías muy diversas. La fuerte emotividad de su vida diaria, su atracción irresistible, su magia en definitiva, puede en buena parte ser explicada por eso que me he permitido llamar como el realismo mágico andaluz.

En el relatillo que sigue doy alguna pequeña muestra de algún fenómeno inexplicable desde la ortodoxia de la racionalidad pero créanme

que he tenido que hacer cuando lo escribía un ejercicio constante de contención ya que mi cabeza me llevaba a episodios infantiles, propios y ajenos, que de incluirlos muchos lectores me habrían podido acusar de imaginación calenturienta y de hechos inverosímiles al servicio del relato.

DON RAFAEL, RAFAEL, RAFAELITO

CAPÍTULO 1

La vida de Rafael empezó a complicarse ya desde los días anteriores a su nacimiento.

Su madre, en un gesto que todos en un principio lo atribuyeron a capricho de embarazada, se empeñó en llamar al niño con el nombre de Rafael Luís Francisco Antonio de la Santísima Trinidad y del Sagrado Corazón. No hubo manera de convencerla de que ese nombre tan largo y tan pretencioso era algo ajeno a los nuevos tiempos por lo que el día del bautizo el párroco de San Antonio recitó la retahíla mientras vertía sobre la cabeza del infante una concha de agua bendita.

El padrino del neófito, un señor con aspecto serio como correspondía a su profesión de registrador de la propiedad, no pareció quedarse satisfecho y le pidió al oficiante que derramara sobre la cabeza de Rafael una segunda concha de agua bendita y a ser posible bien colmada. Los peligros y tentaciones de la vida son muchos –argumentó el padrino– y conviene que el niño esté bien protegido.

Resuelto el asunto y con el niño dos veces bautizado, un caso único en el mundo, se fueron todos a almorzar al restaurante elegido por el registrador ya que además de padrino hacía de “pagano” de la fiesta.

A los pocos días, D.^a Tomasa, la madre de Rafael, le pidió a la tata Dolores que llevara al niño a “tomar el sol y el aire” a la Alameda. Nadie podía imaginar en aquel momento las consecuencias que tendría tan inocente paseo.

Dolores, nada más llegar al citado jardín, un paseo junto al mar, se encontró con unas compañeras de profesión. Por lo entretenido de la conversación se “olvidó” de Rafael que tuvo que soportar durante una hora,

refugiado en su cochecito, el sol sobre su cabeza y el reflejo del mar en sus pequeños ojos.

El niño llegó a casa, enrojecido, atontado y profiriendo unos sonidos ininteligibles. Asustada, D.^a Tomasa llamó al pediatra que quitándole hierro al asunto recomendó un remedio antiguo en la forma de unos paños húmedos sobre la cabeza del lactante.

Nadie pareció darle importancia al incidente hasta que años más tarde, ya tenía Rafael unos cuatro años, un mañana, mientras lo despertaba la tata Dolores para acudir a la procesión del Corpus, el niño empezó a decir unas frases raras que hablaban de pájaros y de otros asuntos.

Dolores salió corriendo y gritando: *Señora, el niño está diciendo cosas muy raras que a mí me dan miedo.*

—¿Qué cosas dices Dolores? Como se nota que eres medio analfabeta. Anda, vamos a ver qué es lo que pasa.

Rafael, acostado aún, parecía en trance y repetía una frase rarísima con cierta entonación: *.....golondrinas.....nidos.....volverán....*

—Anda Dolores, acércate al casino y dile al señor que venga inmediatamente. ¡Ay Virgen del Carmen! ¿Qué le pasa al niño?

Dolores corrió cuanto pudo y a los diez minutos ya estaba D. Francisco, el padre de la criatura, en casa.

Los tres se acercaron en silencio a la cabecera de la cama y prestaron atención a lo que repetía el niño:

.....las oscuras golondrinas.....nidos.....nuestros ojos.....no volverán....

Don Francisco estaba lívido, descompuesto por lo que oía.

—Mujer, esto es incomprensible, ¡el niño está recitando a Bécquer!
¡Volverán las oscuras golondrinas!

—Pero Paco como dices esas tonterías si el niño apenas sabe leer.
¡Esto es el demonio! Hay que llamar a Don Antonio el párroco.

Entretanto Dolores, que no sabía ni quien era Bécquer ni falta que le hacía, empezó a llorar como una María Magdalena y a gritar frases como, “*Dios mío, mi niño está embrujao*”.

Don Antonio vino y tras escuchar lo que profería Rafael se declaró incompetente en la cuestión: *Esto no es asunto de la Iglesia, sino de la medicina. Hay que llamar a un médico.*

De nuevo salió Dolores a avisar al pediatra. Día de fiesta como era no le fue fácil localizarlo.

Mientras tanto Rafael, rodeado por sus padres y por el cura, se había despertado. Ante su sorpresa su madre lo abrazó llorando y dándole besos. Rafael ajeno a todo lo que había sucedido sólo se le ocurrió decir: *Mamá tengo hambre. Quiero desayunar. ¿Dónde está Dolores?*

El médico cuando llegó y vio como Rafael se tomaba un tazón de leche con pan migado y una torta de Inés Rosales, entendió que el niño estaba perfectamente por lo que para justificar su visita recetó unas simples aspirinas.

El matrimonio y Dolores, ya solos y más tranquilos, se juramentaron para que el incidente no saliera jamás de sus bocas.

Transcurrieron varios años sin sucesos parecidos al anterior y en los que Rafael desarrolló otras rarezas pero de características más “normales”. Parecía encontrar un cierto placer en mortificar a su tata escondiéndose de su vista tras los setos y árboles de los jardines que frecuentaban. Era habitual ver a Dolores regresar del paseo, acalorada y en solitario, profiriendo la frase en el dialecto de Conil de la Frontera: *¡Señora, el niño me se ha perdió!*

Cumplidos los siete años se volvió pegón y durante las vacaciones en casa de sus abuelos, cuando era paseado por una joven contratada a tal

efecto, intentaba pegar a la muchacha por lo que ésta en buena lógica se quejaba: *Señora, el niño me ha pegao.*

La respuesta de la abuela no dejaba lugar a dudas: *Pero, ¿cómo te va a pegar el niño? Algo le habrás hecho, porque mi nieto es buenísimo.*

Así transcurrían los años con el niño mimado y consentido por todos y blindado por las buenas notas escolares, hasta que un día, unas semanas antes de su primera comunión, al despertarse, se repitiera lo ya contado respecto a las *Rimas* de Bécquer que esta ocasión había cambiado por unas ininteligibles palabras que resultaron ser en francés.

—¡Señora, señora, el niño dice cosas en un lenguaje que parece extranjero!

—Pero qué cosas dices Dolores, como va a hablar en un lenguaje extranjero si el niño no ha salido nunca de Cádiz.

Corrieron ambas a la cama y comprobaron como Rafael decía, como cantando y entre sueños, unas palabras raras: ... *enfants... patrie... arrivé....*

—Anda corre, ve a buscar al señor al casino. ¡Ay Virgen del Rosario, que desgracia más grande!

Don Francisco, asustado por lo que le contó Dolores, vino enseguida y allí a la cabecera de la cama emitió su veredicto: *¡El niño está cantando “La Marsellesa”!*

Imaginaros la que se formó a continuación. Por allí pasaron aquella tarde no solo los ya referidos, párroco y pediatra, sino muchas otras personas como su padrino el registrador, su profesor del colegio y un psicólogo infantil.

En esta ocasión el incidente no se pudo mantener en silencio y la cosa llegó hasta los oídos del Obispo. Como la amistad con la familia de

Rafael venía de antiguo, se interesó por el asunto y envió a un canónigo experto en cuestiones de brujería y otros manejos del maligno.

Cuando llegó Don Cosme, que así se llamaba el canónigo, y vio a Rafael tomándose unas natillas rematadas a continuación con un plato de arroz con leche, dedujo en buena lógica que el niño estaba bien sano. Como algo tenía que decir, aconsejó a los padres que en cualquier caso era conveniente que Rafael hiciera la Primera Comuni3n de inmediato.

Para atender el consejo hubo que organizarlo todo para que el día veinte y tres de abril de aquel año, día de San Jorge, hiciese la Primera Comuni3n. Con Don Cosme de oficiante y con Rafael vestido de marinero el día parecía discurrir en buena armonía. De nuevo el tío registrador, soltero y rico, se hizo cargo del convite.

Ya en casa, el abuelo Rafael, abuelo paterno, anunció que tenía un regalo para el niño pero que dadas las características del regalo no lo había podido traer desde el pueblo. Se cruzaron mil conjeturas entre todos los asistentes tratando de acertar con el misterioso regalo. Por fin D. Rafael tuvo que intervenir: *Mi nieto a partir de hoy es el afortunado propietario de un poni. Lo tiene en la cuadra del huerto, con todos sus arreos, para cuando quiera montarlo.*

El poni, sin él saberlo, cambió la vida de la familia. Todos los sábados, su padre tenía que llevar a Rafael hasta el pueblo donde con la ayuda del casero fue aprendiendo a manejarlo.

Allí pasaban el día, padre aburrido e hijo entusiasmado, hasta que por la noche regresaban a Cádiz. Era tanto el cariño que tenía el niño por el animal que por los caminos de la huerta pasaban al paso y al trote horas y horas, rechazando Rafael cualquier otra compañía y aislándose de sus compañeros del colegio.

Durante la semana contaba las horas que faltaban para el reencuentro con su montura. Perdió el interés por los estudios, se convirtió en un niño arisco y poco cariñoso con sus padres y sólo admitía las indicaciones de su abuelo Rafael.

En ese ambiente pueblerino y solitario pasaba los días, montando el poni, recogiendo plantas y flores en primavera y leyendo libros de poesía de la biblioteca de su abuelo.

El asunto llegó a unos extremos que sus padres consideraron peligrosos.

La voz de alarma la dio el casero: *Don Rafael, su nieto se ha pasado el día hablando con el poni. Creo que "hablaban" de un tal "Platero"*.

Su padre tuvo que tomar cartas en el asunto y tras tranquilizar a su mujer sobre la condición asnal "del tal Platero", producto de la imaginación del gran Juan Ramón Jiménez, decidió, con gran disgusto de abuelo y nieto, vender el poni.

Tras ello y para prever futuras sorpresas en la línea de las anteriores decidió también que a Rafael había que llevarlo, costara lo que costara, a los mejores médicos del asunto óptico y del cerebro que parecían los dos órganos afectados por aquella insolación de la infancia.

Surgieron los nombres de Barraquer y López-Ibor y a ellos hubo que dirigirse solicitando día y hora para ambas consultas.

Siguieron meses de idas y venidas a ambos doctores, de pruebas y de entrevistas que se resolvieron como empezaron: los afamados doctores no encontraron ninguna anomalía, ningún padecimiento que pudiera calificar a su paciente como enfermo. El niño lo único que tenía era una imaginación desbordante y una sensibilidad excesiva para una persona de su edad.

De todo aquello quedaron sin embargo algunas consecuencias: el bolsillo del abuelo algo mermado y la admiración del niño por aquellas ciudades que había visitado, Madrid y Barcelona, que le dura hasta nuestros

días, quizás como contrapunto al ambiente clerical y provinciano en el que se había criado.

DON RAFAEL, RAFAEL, RAFAELITO

CAPÍTULO 2

Resuelta de la mejor manera la cuestión médica todo en la vida de Rafael pareció volver a la normalidad. Discurrieron unos años sin sobresaltos que el adolescente aprovechó para ir resolviendo con bastantes buenos resultados sus cursos de bachillerato.

Esa situación, esa “aurea mediocritas” como la definiría Horacio, se vio un día interrumpida por una de las ocurrencias del abuelo Rafael. Informado de que en la cercana población de Alcalá de los Gazules vivía un afamado curandero, decidió, sin comunicárselo a nadie, que llevaría a su nieto.

Era Don Rafael, un hombre singular, persona de pocas ideas pero de mil ocurrencias y de entre ellas algunas afortunadas. Todavía se cuenta en el pueblo como en aquellos primeros días de la Guerra Civil, cuando un piquete de la FAI se presentó en su casa con la intención de “darle el paseíllo” y fusilarlo, tuvo la singular idea de meterse en la cama y hacerse el muerto. De esta manera cuando el cabecilla del piquete lo encontró “muerto” en la cama, al hombre le asaltaron las dudas: *¿Cómo vamos a fusilar a un muerto? Los anarquistas somos personas con principios, podemos matar a cualquiera pero respetamos a los muertos.*

Contra todo pronóstico el incidente se saldó de forma favorable para la vida de Don Rafael aunque ello no fue óbice para que aquella tarde, con la intención de darle más credibilidad al asunto, él mismo organizara su propio entierro con la ayuda de un cura amigo de la familia. De manera furtiva, escondido tras las cortinas del balcón, el abuelo de nuestro protagonista vio salir de su casa a su propio féretro.

Aprovechando unas vacaciones escolares, Rafael y su abuelo, de tapadillo, fueron a la “consulta” del curandero. Donde esperaban

encontrarse con un hombre extraño vestido con ropajes antiguos, se toparon con un paisano bien vestido y bien peinado que remataba su muñeca con un Rolex de mucho precio.

Palpó y auscultó al joven en cabeza, cuerpo, brazos y piernas durante un buen rato. Finalizada la exploración pidió a sus visitantes que salieran al patio y allí, entre geranios y sentados en un tresillo sevillano, emitió su veredicto: *Don Rafael, su nieto está sano como una pera. Los desarreglos que me cuenta son únicamente emocionales como corresponde a un niño vital e inquieto. Cuando pronto descubra a las mujeres y el amor y se convierta en un hombre todos sus problemas actuales desaparecerán.*

Sabias palabras que le costaron al abuelo tres mil pesetas de aquellos tiempos por lo que salió de la consulta farfullando: *Joder con el curandero, ahora me explico lo del Rolex.*

Alguien se debió ir de la lengua porque la visita llegó a los oídos de los padres de Rafael. Indignados con el asunto le prohibieron visitar a su abuelo. Éste, al que se le hurtaba el trato con su nieto, su única ilusión en aquel momento, envejeció de una manera repentina y se fue consumiendo lentamente en la soledad de su caserón del pueblo.

Entretanto, Rafael iba acabando el bachillerato al mismo tiempo que se “enamoraba” de todas las jóvenes que se cruzaban en su camino. No se había equivocado el curandero, ya que al cumplir diez y seis años se despertaron en el joven todos los instintos y muy especialmente una sexualidad desbordante.

En plenos exámenes de lo que entonces se llamaba como preuniversitario, llegó la triste noticia: el abuelo había fallecido. Las personas presentes en la agonía de sus horas finales aseguraron que sus últimas palabras fueron, “Rafaelito, Rafaelito”, en clara alusión a su nieto.

El entierro fue multitudinario como correspondía a un señor de la importancia del difunto, odiado por unos y querido por otros, pero que jamás dejó indiferente a nadie.

La casa estaba a rebosar de amigos, parientes y conocidos y de entre estos últimos se destacó por sus lloros y lamentos, María la panadera. Viuda de un tahonero, el apodo le había quedado de por vida. Era una mujer madura pero de muy buen ver y con carnes prietas por el consumo de tanto pan candéal.

Rafael asistía sorprendido al dolor manifestado por aquella señora. El casero del huerto, aquel que le había enseñado el manejo del poni, lo sacó de dudas: *Esa señora ha sido la “querida” de tu abuelo en los últimos años.*

¡Vaya con el abuelo!, pensó Rafael, divertido con la idea de que si esa era la de los últimos años, posiblemente había tenido otras en épocas anteriores.

Don Rafael, el difunto, dejó bien escritas sus últimas voluntades. Dejaba a su mujer en usufructo la casa familiar y unas rentas suficientes así como cantidades en metálico para algunos empleados, pero las fincas y demás propiedades tenían como único heredero y beneficiario a su nieto Rafael. El escrito contenía una apostilla final, de puño y letra del fallecido, que despejaba todas las dudas: *Como todo es mío se lo dejo a quién a mí me da la gana.*

El testamento trajo cola. La viuda y su hijo Francisco, hicieron causa común contra su nieto e hijo respectivamente. Aparecieron varios abogados con la intención de desmontar esas últimas voluntades y actuar “según la ley”. Cuando Rafael entre tantos leguleyos creía que lo tenía todo perdido apareció en su ayuda su padrino. El registrador de la propiedad era un

hueso duro de roer. Con su dinero y conocimientos salvó para el niño la mayor parte de las propiedades de su abuelo.

Con el asunto claro y la relación con su padre bajo mínimos tras la trifulca legal, Rafael con buen criterio pensó que debía poner tierra de por medio durante una buena temporada. Por su reciente condición de propietario agrícola decidió marcharse a Madrid y allí estudiar la carrera de ingeniero agrónomo.

Unos días antes de partir fue a despedirse de su abuelo. Allí delante de su tumba hilvanó recuerdos con oraciones y las lágrimas asomaron a sus ojos. Concentrado como estaba en esas emociones fue interrumpido por una voz de mujer: *Buenas tardes Rafael. Ya veo que quería mucho a su abuelo.*

Era María la panadera que todas las tardes visitaba la tumba y dejaba sobre ella un sencillo ramo de flores.

—Hola María, que creo que ese es su nombre. Por lo visto Ud. también le quería mucho.

—Era un hombre bueno y generoso. Nunca lo olvidaré.

Allí estuvieron, tristes, un rato. Guardando las formas pero unidos por el cariño hacia aquel hombre.

—Se está haciendo tarde y tienen que cerrar el cementerio. No conviene que vaya a casa de su abuela tan afectado. Le ofrezco un café en mi casa. Quiero darle algunos recuerdos de su abuelo. Ud. es quién debe tenerlos.

Una vez en casa de María, el café le recuperó el ánimo.

—Tome estas fotos, mire que guapo estaba aquí su abuelo cuando era joven.

En la foto, joven y a caballo, el abuelo lucía espléndido. Con razón había tenido fama de mujeriego.

—Rafael como tengo edad para ser tu madre te voy a tutear y tú debes hacer lo mismo.

—Como tú digas María. ¿Vives sola?

—Sí, desde que enviudé hace ya diez años vivo sola. Tu abuelo era el único que me visitaba siempre que podía. En ese sillón en el que estás ahora sentado me hablo muchas veces de ti.

—Cuéntame alguna cosa de las que te decía de mí.

—Siempre me decía y perdóname por la expresión, que como de un hijo tan bobo y tan inútil, podía haber salido un nieto tan listo.

—¡Qué cosas tenía el abuelo! Nunca se andaba con medias tintas. Era una fuerza de la naturaleza.

—Era un hombre muy hombre, de los que ya no quedan. Bueno, no nos pongamos tristes de nuevo. Quédate a cenar. Tengo unas perdices escabechadas buenísimas. Creo que fueron las últimas que mató tu abuelo.

Se quedó a cenar y se animó, se animaron, con unas copas de fino La Ina.

—Nunca le faltó este vino cuando me visitaba. Era su vino preferido.

Mientras ella preparaba la mesa, él contempló las curvas de aquella mujer. Se movía a pesar de sus años con la gracia de una joven. Le pareció que aún tenía un pecho firme y unas caderas de infarto.

Dieron buena cuenta de dos perdices y de media docena de albérchigos.

Tras la cena, sentados en el sofá, sus piernas se rozaron tímidamente pero ninguno hizo el ademán de retirarlas. Durante la conversación ella le tocó el brazo. Aquello tuvo en Rafael el efecto de un hierro candente. Jamás antes había sentido esas sensaciones.

Le invadió un fuego interior que Rafael, virgen aún, trató de disimular. Su inexperiencia en los asuntos del amor físico era total pero algo le empujaba en su cabeza al abismo que representaba aquella mujer.

Cuando en un gesto tal vez premeditado se acercó a él con la excusa de comentarle una de las fotografías, Rafael no se pudo contener y la besó en los labios.

No tuvo tiempo para arrepentimientos ya que ella le devolvió el beso de una forma aún más apasionada. Luego siguieron otros y otros y así estuvieron unos minutos hasta que María con mano segura empezó a desnudarlo. Rafael le correspondió de la misma manera y pronto ambos estuvieron desnudos e intercambiándose besos y caricias. Las manos de Rafael se deslizaron una y otra vez por el cuerpo de María sin que ella planteara ninguna limitación a parte alguna de su anatomía. No se había equivocado cuando al verla pensó en la firmeza de aquel cuerpo.

María, sabia en estos menesteres, incendió el cuerpo y los deseos carnales de Rafael y por una indicación de ella pasaron al dormitorio.

Allí continuaron un buen rato en un excitante intercambio de algunos los placeres posibles entre un hombre y una mujer. Por último, María tomó la iniciativa y se dispusieron a consumir tanta pasión.

En la cabeza del muchacho bullía el deseo de estar a la altura de las circunstancias ya que era su primera vez en “poseer” a una mujer. Parece que desde el otro mundo su abuelo Rafael lo condujo con mano sabia. En el clímax de la penetración, María gemía y casi gritaba, “Rafael, Rafael, Rafael...”. Nunca se ha sabido si aquel nombre pronunciado por María se refería al abuelo o al nieto.

Estuvieron después, abrazados, varias horas, hasta que el gallo cantó en el corral y la luz del amanecer sosegó tanta pasión.

La despedida fue corta. Casi sobran las palabras.

—Adiós Rafael. Vuelve cuando quieras.

—Adiós María. Gracias por todo.

Cuando salió a la calle, a pesar de no haber dormido durante toda la noche, iba ligero como una pluma. Había conocido, de la mano de una mujer increíble, un mundo nuevo, el del sexo, del que ya no se alejaría durante toda su vida.

Días más tarde Rafael llegó a Madrid y lo hizo con la misma fuerza e ilusión que tuvieron Cortés y sus hombres cuando entraron en Tenochtitlán.

DON RAFAEL, RAFAEL, RAFAELITO

CAPÍTULO 3

Allí en Madrid, en la Escuela de Agrónomos, tuvo Rafael que soportar innumerables sesiones lectivas de asuntos por los que no sentía el menor interés junto con otras que si satisfacían su objetivo de adquirir conocimientos de agricultura.

De cualquier forma, siendo consciente de que no se trataba en ningún caso de confundir la vida con la agronomía aprovechó cuantas distracciones ofrecía la gran ciudad a un joven de provincia con algunos recursos.

Cometió, el primer año, todos los excesos posibles a su edad: fiestas, discotecas, salidas, etc., junto con otros más impropios y menos confesables como su tentación a las señoras espectaculares y demás frivolidades hasta que consideró que había que parar... y dejar de pagar. Justificó todo lo ocurrido como un peaje necesario tras tantos años de rancia y conservadora educación.

Madrid ofrecía por otra parte el espectáculo de “la movida”, hoy magnificado pero en su momento algo cutre y marginal, que Rafael ignoró casi por completo quizás por su aversión a cualquier entretenimiento que coqueteara con sustancias tóxicas. En cualquier caso, a pesar de esto último, pecaríamos de injustos si no le reconociéramos al citado movimiento algunos méritos en el terreno de la creación artística.

Una vez serenado el espíritu y casi satisfecho el cuerpo siguió otro periodo de visitas a museos, excursiones a la sierra y la práctica de algunos

deportes. De entre estos últimos se apasionó por el rugby ya que se sentía muy cómodo en ese ambiente de esfuerzo físico y masculina camaradería.

En este panorama casi idílico que envolvía la vida de Rafael había un punto negro, el referido a la relación con su familia. El enfrentamiento con su abuela y con su padre había dejado secuelas importantes ya que ambos no estaban dispuestos a perdonar lo que consideraban una injusticia urdida por el abuelo y rematada por el registrador de la propiedad.

Por esa circunstancia cuando llegaban las vacaciones, ya fueran de Navidad, de Semana Santa o de verano, y vedadas las casas de su abuela y de su padre, Rafael se refugiaba en el huerto para gran contento de Pepe el casero.

Solo se permitía algunas furtivas visitas a su sufriente madre, ajena a la postura de su marido y devota de su querido hijo.

Aprovechaba también esos periodos para despachar con su administrador, un hombre asignado por su padrino, e ir de esa manera haciéndose cargo de la gestión de su patrimonio.

Allí en el huerto, rebautizado como “El Recreo de San Rafael” en recuerdo de su abuelo, y en la casa que no había tenido hasta entonces otra función que dar cobijo a meriendas y días de asueto de la familia, pasaba muchas horas en soledad, leyendo o montando dos caballos que se había hecho traer de una de las fincas.

Pepe el casero y su mujer, Ana, se desvivían por atenderle.

Era Pepe un personaje que parecía sacado de una de esas obras costumbristas de los Hermanos Quintero o de Muñoz-Seca. Antiguo empleado de la familia, una mala caída de un caballo le había apartado de su condición de vaquero por lo que el abuelo Rafael le asignó la más suave dedicación de casero del huerto.

Pepe no hablaba sino que sentenciaba y era un compendio de máximas “filosóficas” de carácter popular.

—Rafael, tenga Ud. cuidado con las mujeres en Madrid. *“Esas” van por sus billetes. Se lo digo yo que algo entiendo de eso.*

Rafael no podía comprender como una persona que no había salido del pueblo en toda su vida y que llevaba más de veinte años felizmente casado podía saber cómo se comportaban las mujeres en el resto del mundo pero Pepe mostraba tal seguridad en sus afirmaciones que hacía dudar a cualquiera.

Otro día cuando decidió hacer unas mejoras en la casa, Pepe, rápidamente, salió al quite.

—Hace Ud. muy bien Rafael. Porque vaya a saber cuándo va a poder ocupar la casa de su abuela. *Esa señora va a durar más que un martillo “metió en manteca”... sea dicho con todos los respetos.*

Cuando finalizadas las vacaciones Rafael regresaba a Madrid, Pepe se entristecía y allí al pie del coche le daba los últimos consejos alertándole de los peligros del sexo opuesto, un tema que por lo visto le tenía obsesionado.

—Tenga Ud. cuidado, porque *“en viendo” belleza todo hombre tropieza.*

Un fenómeno el tal Pepe y un precedente en tono rústico de lo que hoy se ha dado por denominar de manera un tanto cursi como “personal adviser”.

La vida y los cursos en la Escuela se sucedían con monótona normalidad y sólo de tarde en tarde alguna novedad venía a alegrar el panorama. La organización de un viaje para celebrar entre compañeros el llamado “paso del ecuador” fue una de ellas. Mallorca era el destino.

El ferry desde Valencia y una molesta marejada pusieron a prueba los estómagos de algunos de sus compañeros. “Príncipes” en sus pueblos del interior, sobre el mar no alcanzaban ni la categoría de grumetes.

Para evitar el espectáculo poco sugestivo de unos señores vomitando, salió a cubierta.

Con la cabeza bien despejada por la brisa su mirada chocó con una escena que le encendió el cuerpo. Allí estaba ella, una joven recostada sobre la barandilla que dejaba ver por lo breve de su falda dos piernas interminables y perfectamente torneadas. La falda, corta, plisada y de un tejido escocés, se movía con el viento, elevándose, y componiendo uno de los espectáculos más bellos y sensuales que Rafael hubiese visto jamás.

Descompuesto, se acercó lentamente tratando de desgranar en su cabeza una pregunta que hiciera de presentación y fuera medianamente coherente.

—Hola, soy Rafael. Voy a Mallorca.

La soberana sandez que dijo incrementada con un medio tartamudeo parece que hizo gracia por lo que ella le respondió pagándole con la misma moneda.

—Hola, soy Olivia y también voy a Mallorca.

—Vas a Mallorca porque quieres, porque si tú me lo pides me atrevería a desviar el barco adonde me digas.

—¿Desviar el barco? ¿Es que eres el capitán?

—No, no lo soy, pero sería capaz de hacer un cursillo intensivo para capitán en media hora.

Entonces apareció la risa y se calmaron los nervios. Estuvieron hablando, en ese tono divertido, un buen rato. Tenía ¡diez y siete años! y viajaba con sus compañeras en una excursión de fin de bachillerato. Venían de Oviedo.

Rafael siguió con mil bromas y ella con sus risas. Unas risas que además de sus piernas le fueron atrapando.

—Olivia eres joven y guapísima. Déjame ser tu Popeye durante estos días. Una mujer como tú necesita un guardaespaldas. Mallorca está llena de guiris muy peligrosos.

La propuesta no fue aceptada pero la derrota fue parcial ya que se resolvió intercambiándose el nombre de los hoteles en los que se alojarían en Palma.

Palma de Mallorca era y creo que aún es una ciudad muy divertida. Allí estuvieron Rafael y sus amigos a la busca y captura de alguna turista sueca o alemana. Por las noches en los alrededores de la Plaza Gomila, durante el día en alguna de sus playas.

Pesaba mucho en la cabeza de Rafael el bikini que Elke Sommer, un bombón galáctico, había lucido en “Bahía de Palma”, película que había visto al menos tres veces.

Lo temprano de la temporada, corría el mes de abril, tenía a las playas casi desiertas por lo que antes de que apareciera el aburrimiento decidió alquilar un coche y localizar el hotel de Olivia.

Acompañado por un amigo del curso allí se presentó. La joven, fingiendo sorpresa por la visita y con el refuerzo de una amiga, accedió a pasar el día con ellos. Antes hubo que prometer a una de las profesoras que ambas estarían de regreso antes de la cena.

En alegre compañía se fueron a visitar Pollensa y su puerto. Allí, con aquella bahía de fondo, Rafael intentó algún “acercamiento”. Todos los esfuerzos resultaron fallidos. La minifalda de Olivia resultó un reclamo engañoso. Para colmo del asunto, su compañero parece que tuvo más suerte ya que al rato de estar en Pollensa paseaba abrazado a la amiga de Olivia.

Con la excusa de visitar las Cuevas del Drach regresaron al día siguiente. En el interior de la cueva, con un calor y una humedad infernal, Rafael volvió a intentarlo. Una orquesta de cámara desde una barca

interpretaba “la danza del fuego”. Ni siquiera la música de Falla ablandó la voluntad de su acompañante. Fría, rechazó cualquier abrazo o caricia. Rafael tiró, de momento, la toalla. Sorprendieron a sus amigos besándose entre las estalactitas. Rafael comprobó, por primera vez en su vida, que era capaz de sentir envidia.

El día de regreso a la península de las colegialas de Oviedo fueron a despedirlas. En el puerto, tras unos contenedores, Rafael consiguió robarle un beso. Un medio beso más bien, algo parecido a lo que después ha dado en llamarse como “un pico”.

Con sensación de derrota Rafael regresó a Madrid. No había por qué preocuparse del asunto más de la cuenta. Decidió olvidar porque como decía con frecuencia Pepe el casero, *no todas las matas echan habas*.

Siguió con su vida, mucho rugby y algo de estudio.

Meses más tarde, refugiado en el huerto y defendiéndose de los calores del verano con el único alivio de algunos días de playa, se enfrentó al mes de julio.

Un día, en plena siesta, sonó el teléfono.

—Hola, ¿qué haces? Soy Olivia.

—¿Que qué hago? Pues en estos momentos le estaba hablando a la almohada de una muchacha de Oviedo. ¿Cómo estás?

—¡Que cosas dices! Estoy en Luarca pasando unos días con mi familia y me he acordado de ti. Aquí sin ningún Popeye que me acompañe me aburro un poco.

Ante esa insinuación, Rafael sacó pecho.

—Voy inmediatamente al rescate. Dime donde puedo encontrarte y estaré ahí en veinte y cuatro horas.

Cruzó España y cumplió su palabra. Al recibirlo, Olivia vestía la minifalda más corta que él había visto en su vida. En los días siguientes

lució los bikinis más sugerentes y atrevidos de todo el Cantábrico. Jugaba sus bazas con una sabiduría impropia de su edad. Rafael estaba obsesionado con aquel cuerpo y completamente atrapado por aquella joven.

Como Luarca nunca defrauda el balance de su estancia en aquellas tierras fue positivo: playas bellísimas, trato amable de la gente y excursiones a los rincones más pintorescos.

Olivia, como si tuviera un plan bien trazado, dosificó sus encantos. La estancia de Rafael se saldó con unos pocos besos y algún abrazo.

Así siguió el juego durante unos años con Rafael yendo y viniendo a Oviedo y a Luarca, encendido por una pasión no satisfecha por Olivia.

Durante este tiempo finalizó sus estudios en Madrid y Olivia inició los de Derecho en la Universidad de Oviedo.

En el asunto familiar también hubo novedades. Todo se inició con una llamada de su madre: “Rafael, tu abuela está muy enferma y quiere verte”.

Acudió de inmediato. Su abuela lo recibió en la cama: “Rafaelito no quiero morir con esta pesadumbre y sin darte un beso. Quiero que me perdones. He pecado de soberbia”.

A las pocas semanas la señora, ya en paz, falleció. En el entierro, su padre y él se besaron y se dieron un abrazo. Todo quedó olvidado.

Viviendo en el huerto, dedicado intensamente a la explotación de las fincas, seguía teniendo como confidente a Pepe el casero. Una tarde junto a la chimenea, de hombre a hombre, le contó sus padecimientos con Olivia y el rechazo al que le sometía en los asuntos carnales.

Pepe no lo dudó ni un momento y como siempre le ofreció sus desinteresados y curiosos consejos.

—*Mire Rafael, en el toreo cuando un toro no embiste en un sitio hay que cambiarle “los terrenos”. Si no viene por la mano izquierda hay que cambiar a la derecha. Hay que usar la cabeza.*

Sin entenderlo del todo, a los filósofos hay que interpretarlos, Rafael dedujo que había que sacar a Olivia de “sus terrenos”, es decir de Oviedo, por lo que la invitó a la feria de Jerez.

Pronto empezaron los problemas ya que aceptó la invitación pero con la condición de acudir acompañada de una hermana. Tuvo que aceptar.

Olivia levantó pasiones entre los amigos de Rafael. Es bien sabido que en Andalucía se rinde culto a la belleza femenina.

Disfrutando en el ferial, siempre con la compañía de la hermana, es decir con la “carabina” incorporada, pasaron varios días. En uno de esos paseos estaban en una mañana soleada y con la vida entrando por los cinco sentidos cuando vieron a un niño llorando acompañado por una gitana de edad.

Rafael se acercó al niño,—¿Qué te pasa muchacho? ¿Cómo puedes llorar en la feria de Jerez?

—Quiero un “algodón dulce” y mi abuela no me lo compra.

—Anda ven conmigo a aquel puesto....Señora, dele al niño “el algodón” más grande que tenga.

La cara del muchacho se alegró con una sonrisa que bien valía no uno sino mil “algodones”.

La abuela, agradecida, intervino.

—Dame la mano moreno que te voy a decir la buenaventura.

Rafael, divertido, alargó su mano mostrando la palma.

La gitana la cogió entre las suyas: “Aquí veo en esta raya que esta muchacha que te acompaña está loca por ti pero que no te lo va a demostrar hasta que te cases con ella. Tú, muchacha, entrégate a este hombre que es guapo, pinturero y con buen corazón. Si yo fuera más joven a mi no se me

escapaba. ¡Ay!, esta otra raya dice que te vas a casar tres veces. Está muy claro. Y harás a las tres felices. Las mujeres contigo no se aburrirán nunca”.

Ya fuera por los consejos de la gitana o por el “encelamiento” que le producía aquella mujer, por primera vez, empezó a pensar en el matrimonio. Su cabeza se llenó de reflexiones: “Al fin y al cabo ya voy teniendo edad”, “Necesito compañía”, “Olivia puede ser una buena compañera, es atractiva, alegre y educada”, “No sé si estoy enamorado pero no puedo dejar de pensar en ella”, etc., etc.

La noche anterior a la partida de las dos hermanas tomó una decisión. Rodeado por el ambiente festivo de una caseta de feria, sonando una sevillana de fondo, Rafael, sin más preámbulos y mirándola a los ojos le dijo: “Olivia, cástate conmigo”. Ella aceptó de inmediato. Un apasionado beso selló el compromiso.

DON RAFAEL, RAFAEL, RAFAELITO

CAPÍTULO 4

Poco podía imaginar Rafael que el compromiso contraído producto del deseo y la curiosidad a partes iguales y sin un ingrediente fundamental como es el amor, iba a cambiar su vida en la forma y manera que lo hizo.

Lo que desde su juventud presumía como un suave discurrir de la vida, en este caso estimulado por la compañía de Olivia, se convirtió, ya desde ese día, en una incómoda carrera de preparativos para la nueva situación.

Hubo, de inmediato, que ponerse a organizar unas reuniones y visitas que propiciaran el acercamiento entre ambas familias. Con ese objetivo los padres de Rafael viajaron a Oviedo. Las diferencias no tardaron en manifestarse. Encajar las formas y modos de la bahía de Cádiz con las de la cornisa cantábrica no resultó fácil. Ambas madres, la de Rafael y la de Olivia, parecían dos personas en las antípodas respecto a actitudes y pretensiones.

La futura suegra de Rafael, consideró que la boda de su hija tenía que tener una relevancia ante sus paisanos y se dispuso a organizar ceremonia y banquete con la misma pompa y boato que la entrega de los premios “Príncipe de Asturias”. El padre de la novia, un laborioso y sencillo industrial del renglón de los materiales de construcción, callaba y otorgaba.

Hubo que resolver también un tema no menor: la residencia del futuro matrimonio. Ante la negativa de Olivia de vivir en el campo, es decir en el Recreo de San Rafael, se acometieron reformas y mejoras en el caserón del pueblo. Las obras, a contra reloj y atendiendo los caprichos de Olivia, piscina incluida, supusieron una apreciable cantidad de dinero que la madre de Rafael consideró un gasto innecesario y que abrió una

profunda brecha entre suegra y nuera. La primera de muchas otras que vendrían a continuación.

Rafael, refugiado en su trabajo, consideraba que eso de las bodas son asuntos femeninos por lo que le cedió el protagonismo a Olivia y a su futura suegra y se limitaba a atender el goteo de facturas que suponían las obras de la casa, el regalo a la novia en la petición de mano e incluso el vestido de novia que según una tradición no escrita correspondía a la familia del novio. Esto último supuso un nuevo disgusto para la madre de Rafael cuando vio que la factura la firmaba un conocido modisto de Madrid y que era de un importe acorde con su fama.

Así las cosas llegó el día de la boda, día en el que su suegra se tomó bien en serio su papel de “reina madre” y la madre de Rafael el de doliente madre que pierde a un hijo. Olivia, guapísima como corresponde a una novia, paseó a su ya marido entre mesas e invitados. Rafael se dejaba llevar pero en su cabeza contaba los minutos para que aquel montaje acabara y así poder encontrarse a solas con su mujer.

Esa noche, por fin, hubo sexo pero no pasión, hecho que Rafael atribuyó a los nervios de la novia, novicia en esos menesteres. Algo bien distinto a lo que le hizo sentir María la panadera. El viaje de novios, atendiendo de nuevo a los deseos de Olivia, se resolvió con un crucero por algunos países exóticos. En el barco, Rafael concedió y tuvo que hacer una falsa amistad con personas de escaso interés compartiendo mesa y ridículas diversiones. ¿Qué se me habrá perdido a mí en Bora-Bora?, pensaba Rafael mientras se preparaba para desembarcar con una excursión cuyo principal objetivo era comprar perlas negras en un comercio local.

—Olivia, ¿para qué quieres tú perlas negras? ¿Es que vamos a ir a un baile de disfraces?

—¡Ya estás tú Rafael con tus cosas “antiguas”! Para ti todo lo que no sea El Recreo de San Rafael te resulta aburrido.

Decidió no presentar batalla. Cómo explicarle a aquella mujer que el Recreo tenía para él la misma consideración que el Huerto de La Sabina para Horacio y que en la sencillez de la naturaleza estaba la felicidad.

Finalizado, menos mal, el crucero, iniciaron la convivencia conyugal. Como la casa era grande, tan grande como las exigencias de Olivia, hubo que contratar a dos personas de servicio. Dolores, la tata de la infancia, viuda y con dos hijas ya crecidas, fue, afortunadamente, una de ellas.

Pero Olivia se aburría, se aburría mucho. Según ella, “encerrada” en aquella casa y en aquel pueblo olvidado de la mano de Dios, con Rafael ausente por su dedicación a las fincas y sin amigas, los días pasaban lentos e interminables.

Él, consciente de la situación procuraba compensarla con sencillos paseos, comidas en casa de sus amigos, días de campo y numerosos regalos. A Olivia todo le parecía insuficiente y “rústico”. Añoraba a su madre, a su hermana, a sus amigas de Oviedo... y empezó a beber más de la cuenta.

No eran raras las tardes en las que Rafael al llegar a casa encontraba a su mujer en la cama aduciendo malestares imaginarios y disimulando los efectos de la bebida. Dolores, leal y por lo tanto confidente, le ponía al día de las causas de “los males” de su esposa.

Tratando de defender la relación y el matrimonio, Rafael alquiló una casa en El Puerto de Santa María con la idea de que su mujer estuviera entretenida con una vida social más intensa.

Dolores se quedó al servicio de la casa del pueblo, de esta manera Olivia le hacía pagar sus confianzas. Rafael mientras tanto se pasaba la vida en la carretera en un constante ir y venir del Puerto al pueblo y viceversa.

Las relaciones íntimas fueron espaciándose y las de cualquier tipo, enfriándose. En un nuevo intento de recuperar a su mujer, Rafael se dejó llevar por una espiral de salidas, viajes y fiestas hábilmente orquestada por la insaciable Olivia.

La temporada de primavera-verano se iniciaba con la Semana Santa de Sevilla, para continuar con la Feria, El Rocío, unos días en Marbella, otros en Lúarca, para rematar con algún campeonato de golf, deporte al que ella se había aficionado. El invierno se iniciaba con los días previos a Navidad en la nieve, a los que seguían las rebajas de Londres y los carnavales de Cádiz. Cuando todo acababa... pues vuelta a empezar.

Con el trabajo desatendido y la cartera esquilada, Rafael empezó a contraer deudas y a pensar que su matrimonio era insalvable. Las personas que le querían asistían preocupadas a la vorágine en la que se había convertido su vida por culpa de aquella mujer.

En lo peor de aquel disparate, llegó la noticia: Olivia estaba embarazada. Reverdecieron en el interior de aquel hombre viejas ilusiones e hizo un nuevo intento de conducirse como un marido amable y solícito. Olivia, el centro de atención de todos, aprovechó el momento para dictar nuevas imposiciones: Dolores tenía que dejar la casa, no le había perdonado lo que ella llamaba como su “traición”. Comunicárselo supuso un nuevo desgarró.

Siguieron unos meses en los que se guardaron las formas pero el fondo estaba consumido ante tantos caprichos de aquella mujer. Con Dolores descartada se contrató a una señora del gusto de Olivia para que se ocupara del niño.

Cuando Rafaelito nació, lo que debía ser un momento de gran alegría, una cierta tristeza flotaba en la mente de su padre.

Para colmo apareció en escena la suegra. Lo que se suponía como una visita para conocer a su nieto se convirtió en una prolongada estancia con la excusa de que su hija la necesitaba.

Rafael se sintió marginado en su propia casa. Su único consuelo eran aquellos ratos junto a la cama de su hijo acariciando su pequeña cabeza y su mano.

El bautizo supuso un nuevo desencuentro entre ambas familias. Con la abuela de Oviedo a los mandos, disponiendo y organizando los detalles, los padres de Rafael solo asistieron a la ceremonia religiosa. El tío registrador de la propiedad hizo de padrino y aquella presuntuosa abuela materna de madrina. Con más apariencia de boda que de bautizo por lo ostentoso del convite y la ausencia de los abuelos paternos se resolvió el día.

A pesar de que Rafael vivía esperanzado de que la presencia de Rafaelito llevara a su matrimonio hacia una vida más estable y tranquila, los hechos, siempre tozudos, iban en otra dirección. La última manía de su mujer iba dirigida, en forma de continuos reproches, a las ausencias de Rafael por su dedicación a la explotación de las fincas.

—Te interesa más tu trabajo y tus campos que tu familia. Tu hijo va a crecer sin padre.

A estas dolorosas acusaciones le seguían otras en el mismo tono, hasta que un día Olivia en su deriva egoísta y caprichosa cruzó una línea impensable.

—Deberías arrendar las fincas. Podríamos vivir muy bien de las rentas.

Rafael, en aquel momento, decidió separarse de su mujer.

Siguieron tres meses infernales en los que los abogados tomaron todo el protagonismo. Conseguir que ella renunciara al domicilio conyugal costó esfuerzo y mucho dinero. A pesar de estar decidida a marcharse a Oviedo

jugó esa baza con gran dureza. Por fin pudieron ponerse de acuerdo en la importante suma de la pensión a recibir. Se firmó un documento que con el eufemismo de común acuerdo atendía a la mayoría de las exigencias de Olivia. El juez concedió, como viene siendo habitual, la guarda y custodia de Rafaelito a su madre. Aunque algún abogado aconsejó litigar esa concesión, Rafael, pensando en su hijo, prefirió respetarla. En los principios y valores en que había sido educado, un hijo no se debe separar de su madre.

El día en que todo finalizó y tuvo que despedirse de Rafaelito, Rafael lloró lagrimas de sangre.

Desgarrado en su interior, descreído de los asuntos amorosos, endeudado hasta las cejas, recordando a su hijo las veinticuatro horas del día y con un sentimiento de fracaso, Rafael debía afrontar el futuro.

Organizar los asuntos económicos fue la primera tarea que tuvo que abordar. El elevado tren de vida de los años anteriores junto con lo oneroso de la separación produjeron un buen roto en las finanzas de Rafael. Como consecuencia de ambas cosas había dispuesto de créditos que ahora tenía que cancelar. Carente de liquidez no le quedaba otro camino que deshacerse de parte de su patrimonio, sobre todo de aquellas propiedades que solo comportaban gastos. Por coherencia económica pero con un gran pesar por lo mucho que significaba para él, puso en venta el Recreo de San Rafael. Aquella propiedad, con muchos años en la familia y un símbolo de lo placentero de la vida y de las relaciones familiares en otros tiempos, pasó a otras manos. Un segundo golpe en poco tiempo.

Con el sentimiento de empezar de nuevo y con el único desahogo del trabajo diario tuvo que sacar fuerzas de flaqueza y continuar adelante pero esa es ya otra historia que quizás sea contada en otra ocasión. En la cabeza

de nuestro protagonista el recuerdo permanente de su hijo Rafaelito y en su desgarrado corazón un descreimiento total por las cosas del amor.